



KONVERGENCIAS Filosofía y Culturas en Diálogo
ISSN 1669-9092
Año VI, N° 18, Agosto 2008

NOTA

SOBRE VERDAD Y SIGNIFICADO

TRUTH AND MEANING

Daniel Mariano Leiro (Argentina)¹

La objeción real a las teorías correspondentistas es simple: no hay nada interesante o instructivo con el que las oraciones verdaderas podrían corresponderse.

Donald Davidson

A menudo las razones que despiertan el interés teórico en el lenguaje suelen provenir de móviles que trascienden el ámbito lingüístico propiamente dicho. Sin embargo, no parece haber sido esa la preocupación fundamental que ha motivado a un filósofo como

¹ Cursó estudios de filosofía en la Universidad de Buenos Aires. Sus áreas de interés e investigación comprenden la filosofía hegeliana, la teoría crítica y la hermenéutica, en particular el pensamiento débil de Gianni Vattimo. Entre sus últimos artículos publicados en revista especializadas de Europa y América se destacan “El sentido de la figura del Mal y su perdón en la Fenomenología del Espíritu de Hegel”, *Il Giornale de Metafisica*, n° 29, Vol.3, 2007, (Ed. Tilgher, Génova, Italia), Marx, *das Unheimliche* o Sobre espectros y apariciones en un libro de Derrida, en *Estudios Filosóficos*, n° 164, 2008 (Inst. Superior de Filosofía, Valladolid, España), Los argumentos de la metafísica de las costumbres según H.J Paton, *Anales del Seminario de Historia de la Filosofía* n° 24, 2007 (U.C.M), Vattimo, *el último comunista* en Utopía y praxis latinoamericana: revista internacional de filosofía iberoamericana y teoría social, Vol.12, n° 39, Universidad de Zulia, Venezuela, 2007, Identidad en debate. Hacia una caracterización del *selbst* en el pensamiento de Hegel y Nietzsche desde la perspectiva “*debolista*” de Gianni Vattimo”, *Revista venezolana de Filosofía*, n° 45, USB, Caracas, Venezuela (en prensa), La arquitectónica categorial de la Ética de la liberación de Enrique Dussel en *Revista Portuguesa de Filosofía*, Facultad de Filosofía de Braga-Universidad Católica de Portugal, (en prensa) Bataille und die Überwindung der französischen Deutung von Nietzsche nach Gianni Vattimo en Nietzsche-Studien, editorial Walter der Gruenter, R.F. Alemania (en prensa). Algunas de sus reseñas han aparecido en *Logos. Anales del Seminario de Metafisica*, n° 39, 2006 (U.C.M) y *Diánoia. Revista de Filosofía*, IIFs/UNAM y FCE (Mayo-Noviembre, 2007).

Donald Davidson a interesarse en ciertas cuestiones relevantes de la comunicación lingüística. La pregunta que, por su profundidad, ha vuelto célebre a Davidson nace de una inquietud casi comparable al espíritu kantiano, por las condiciones que hacen posible la competencia de los hablantes de un lenguaje natural para producir y comprender una cantidad potencialmente infinita de oraciones a partir del dominio de un conjunto finito de primitivos semánticos y reglas recursivas de formación de las expresiones. En tal sentido, es posible afirmar que la investigación de Davidson ha venido a inspirarse en el convencimiento de que para que una teoría semántica pueda aplicarse con éxito a los lenguajes naturales se deberá volver consistente con lo que los lingüistas de la gramática generativa han llamado el *uso creativo* del lenguaje, fenómeno curioso, capaz de otorgar a hablantes finitos paradójicamente una habilidad de producir e interpretar un número potencialmente infinito de expresiones significativas.

En las páginas que siguen intentaremos brevemente abordar algunas de las consecuencias que podrían extrapolarse del enfoque davidsoniano que plantea para la semántica la necesidad de comenzar por la verdad para dar con el significado.

I

Es sabido que Davidson no llega a ocuparse de la cuestión de la naturaleza del significado sino de un modo indirecto, indagando en las condiciones que serían exigibles a una teoría semántica que merezca, con derecho propio, el nombre de tal. En el famoso artículo *Verdad y Significado* (1967) el filósofo estadounidense emprende lo que ha calificado como una “tortuosa” búsqueda de la forma canónica de los teoremas que han de seguirse de una teoría del significado capaz de cumplir con una serie de requisitos básicos. Según Davidson una teoría semántica satisfactoria no puede sino inscribirse dentro de una concepción que desde Frege la formulara, se ha vuelto extendida, no solo entre los filósofos del lenguaje sino también entre los lingüistas, a saber, la exigencia del denominado principio de composicionalidad según el cual una teoría semántica de los lenguajes naturales “*debe dar cuenta de cómo los significados de las oraciones dependen del significado de las palabras*”. Sólo cuando se ha conseguido responder a esa cuestión fundamental se podrá avanzar en la explicación de la competencia de los hablantes de una lengua particular para producir e interpretar a través del “*dominio de un vocabulario finito y de un conjunto finito de reglas enunciada de manera finita*”, un número potencialmente infinito de expresiones significativas.

Sin embargo, según Davidson nada indica que se pueda recorrer ese camino siguiendo el tipo de respuesta que Frege había ensayado para explicar la composicionalidad del lenguaje. En efecto, si se pretende entender la contribución sistemática de los términos a las oraciones en las que aparecen, atribuyendo a cada palabra entidades como el significado, inevitablemente se caerá en el problema de la hipostación del número de entidades, lo cual conduciría a un regreso al infinito en el intento de explicarlas, y no parece que se pueda evitar tal cosa mediante el recurso de distinguir a la manera de Frege los nombres como entidades saturadas de las propiedades como entidades incompletas. Tampoco parece de gran ayuda la suposición de que el significado de una oración es lo que ella refiere, porque, en ese caso, quedarían por resolver el problema de las paradojas de la sinonimia de oraciones con el mismo valor de verdad. Asimismo cuando se toma el otro aspecto de la noción fregeana del significado, el sentido, el

panorama no se vuelve más alentador, porque a la pregunta por el sentido de una oración, la teoría apenas atina trivialmente a responder que depende del sentido de sus partes componentes, lo cual ciertamente no nos hace avanzar demasiado en lo que buscamos.

Por último, según Davidson, no en todos los contextos puede distinguirse con claridad sentido y referencia, de manera que no siempre se podría pensar al significado fregeano en términos de una entidad formada por las entidades anteriormente mencionadas. Esta son algunas de las razones que motivan el alejamiento de Davidson de la explicación de Frege de la naturaleza composicional del lenguaje. Pero lo que inspira el rechazo del filósofo norteamericano de la idea de los significados como entidades, no es tanto la desconfianza de Quine acerca de la existencia de criterios fiables de identidad para tales entidades, sino más bien, el convencimiento de que los significados considerados de este modo, lejos de tener algún poder explicativo, tornan inviable a la teoría en la medida en que terminan afectando a la misma composicionalidad del lenguaje.

Si no es entonces a través del significado de las partes como se llega a dar el significado de una oración completa, debería invertirse el enfoque y suponer, por el contrario, que para dar el significado de una oración en particular (y, por lo tanto, de una palabra), se debe poder dar – al menos idealmente – el significado de todas las oraciones del lenguaje o bien un amplio número de ellas, lo cual, según Davidson, debería entenderse como una ampliación del principio del contexto reconocido por Frege al ámbito de todo el lenguaje. De manera que una teoría semántica capaz de responder a esta visión holista del significado deberá tener un carácter recursivo para poder derivar sobre la base de un conjunto finito de primitivos semánticos y reglas de formación, un número potencialmente infinito de teoremas que permitan especificar el significado de las oraciones de un lenguaje dado, estableciendo para cada una de ellas las condiciones que las harían ser verdaderas. Esa estructura recursiva de la teoría no es sino la contraparte de la creatividad que se atribuye a los hablantes para entender y producir cualquier oración significativa de su lengua. Pensar la cuestión de otro modo, llevaría a suponer que unos seres mortales como los hablantes de un lenguaje natural jamás podrían aprender su lengua en un tiempo finito. La última de las condiciones que Davidson impone a una teoría semántica para los lenguajes naturales es la de poseer un carácter empírico y que pueda verificarse sobre la base de la conducta de los hablantes “*sin presuponer demasiado de aquello que pretende describir*”, pues difícilmente pueda avanzarse en algo si la comprensión de la naturaleza del significado ha de apoyarse en aquello mismo que se debe explicar. Pero de todas las condiciones de las que Davidson ha hecho depender a la teoría semántica una que mayor desconfianza ha despertado entre sus críticos ha sido ésta última.

Una de las críticas habitualmente esgrimidas señala que, como puede advertirse más fácilmente en el caso de las teorías heterofónicas de la verdad de tipo tarskiano, la verificación empírica involucra de antemano nociones semánticas como la de traducción para cada oración del lenguaje objeto al metalenguaje que es precisamente aquello que la teoría debería explicar. Sin embargo, en verdad, no parece ser más trivial la verificación de las teorías homofónicas por el hecho de que al encontrarse el lenguaje objeto contenido en el metalenguaje, la aplicación de sola forma lógica de la oración T proporcionaría una información altamente fiable, pues se trata de enunciados que emparejan una oración verdadera - independientemente de cual sea - con otra que se tiene buenas razones para creer que es equivalente. Es por eso que no hace falta conocer el contenido de las

oraciones en cuestión para estar ciertos que será verdadero el enunciado simplemente en virtud de su forma lógica que contienen en el lado derecho del bicondicional la misma oración que se menciona en el izquierdo. En efecto, no cabe duda de que si el lenguaje objeto está incluido en el metalenguaje, cada oración de dicho lenguaje objeto, por definición, no podrá tener sino las mismas condiciones de verdad que en el metalenguaje. Pero tal necesidad no representa para quienes argumentan en contra de la pretendida no circularidad del programa davidsoniano una prueba concluyente de que la teoría pueda estar completamente libre de la presuposición de identidad de las condiciones de verdad de las expresiones homónimas en el análisis de la estructura semántica de los lenguajes naturales. Si son correctas las críticas que hasta el momento se han formulado, la distancia que media entre los lenguajes homofónicos y heterofónicos en lo que respecta a su verificación empírica no parece ser tan grande como para despejar todas las dudas acerca de que el programa de Davidson lograra cumplir con la economía conceptual que promete, pues todo indica que la teoría implícitamente maneja algunas nociones semánticas como las de sinonimia o traducción que abiertamente rechaza. Si así fuera debiéramos concluir que el programa de Davidson sólo en la retórica se muestra conceptualmente más económico que las teorías intencionales a las que critica.

Esta cuestión nos conduce a examinar las razones que han decidido a Davidson a invertir la relación entre significado y verdad presente en la convención T de Tarski utilizada para establecer un criterio de adecuación material para la definición del predicado de verdad.

Comencemos entonces recordando brevemente la solución a la que nuestro filósofo arribaba en la búsqueda de la forma canónica de los teoremas de una teoría semántica. Esta consistía en reemplazar el enunciado de la forma **s significa que p** que la teoría debe implicar para cada oración del lenguaje natural por otro denominado T con la forma **s es T si y sólo si p**. El paso siguiente consistía en explicar que ese enunciado T que la teoría debe implicar para cada oración del lenguaje objeto tiene la forma de la Convención T de Tarski.

Ahora bien, a la teoría de Tarski no se plantea la restricción según la cual no puede suponerse la traducción de la oración mencionada del lenguaje objeto en la oración usada en el metalenguaje, puesto que la propuesta de Tarski ha sido pensada como una teoría para los lenguajes formales. Por tal motivo, los teoremas que se puedan implicar de ella tendrán siempre la forma **S es verdadero si y sólo p**, y, en consecuencia, del conjunto de ese tipo de teoremas podrá definirse la extensión del predicado de verdad. Pero una semántica como la que Davidson se propone elaborar que se considera empírica no puede ya proceder a la manera de Tarski dando por supuesta la traducción correcta de la oración interpretada porque presupondría la noción de significado, sino que debe, más bien, invertir el planteo tarskiano que busca ofrecer una explicación rigurosa de una noción de la que sólo teníamos una vaga idea. Es por ello que Davidson decide considerar a la verdad como una noción primitiva y preteórica, una noción intuitivamente clara, no susceptible de ser definida en términos de otras más evidentes. Entendemos mejor la noción de verdad que cualquier otra noción semántica como la de significado, referencia o traducción y en cambio, es posible construir estas otras nociones sobre la noción de verdad.

Para evitar el requisito tarskiano, Davidson considera que basta simplemente pensar que serán instancias verdaderas de su convención T todas aquellas oraciones, en las que pueda mantenerse en ambos lados del bicondicional una equivalencia de las condiciones de verdad. Y esas oraciones con las mismas condiciones de verdad son las que surgirán de remplazar en “S” el nombre en el metalenguaje de una oración del lenguaje objeto y en “p” una oración en uso del metalenguaje. Se advierte de este modo que la convención T de Davidson se vuelve notablemente más débil que el esquema T tarskiano, precisamente porque a ella le ha sido vedada la posibilidad de establecer la restricción de la identidad o sinonimia de la oración nombrada y la usada. Así se comprende que en las teorías homofónicas una instancia verdadera como la “La nieve es blanca” es verdadera si y solo si la nieve es blanca que lleva a asentir al hablante que la entiende, pueda resultar tan correcta como la interpretación que implique la oración “La nieve es blanca” es verdadera si y solo si la hierva es verde.

La forma que Davidson propone para salir del problema planteado por este tipo de bicondicionales extensionalmente correctos que no alcanzan a ofrecer el significado de la oración mencionada, consiste en introducir una restricción holista en la interpretación que ya estaba implícita en el requisito de construir una teoría semántica que pueda implicar todas o un número suficientemente amplio de oraciones T del lenguaje natural. Para llegar a determinar que una asignación de condiciones de verdad es inadecuada a una emisión del lenguaje objeto se debe proceder a comparar el bicondicional en cuestión con otras emisiones de oraciones bicondicionales que se vinculan a las creencias más básicas de observación, sobre las cuales se presume que existe muy poco margen de error. Aplicando este método, piensa Davidson, se llegaría a demostrar la incompatibilidad de la oración T que se presenta como intuitivamente inadecuada en el conjunto de asignaciones que incluyen a los bicondicionales T vinculados a las emisiones de creencias básicas. Dicho de otro modo, es a través de la acumulación progresiva de relaciones de coherencia entre los axiomas finitos de la teoría y sus teoremas como se consigue aislar ciertos bicondicionales T como aquellos que constituyen las interpretaciones correctas de las oraciones del lenguaje objeto. Un procedimiento de semejantes características es aplicable a la verificación empírica de las teorías heterofónicas que son quizás los casos donde se pone de manifiesto aspectos implicados de la comunicación humana que suelen pasar inadvertidos cuando se analizan intercambios lingüísticos de sujetos que comparten una misma lengua y cultura. A diferencia de la actitud de asentimiento que Quine tomaba como base de la *traducción radical*, Davidson no cree posible que se pueda interpretar a un hablante de una lengua desconocida sobre bases exclusivamente conductistas. Para Davidson la interpretación constituye un proceso global en el que la asignación de veracidad a las emisiones y la asignación al agente de estados mentales (como creencias y deseos) se llevan a cabo de manera simultánea, y se condicionan recíprocamente. Según Davidson, dicha asignación no puede hacerse de modo inteligible a menos que el intérprete respete ciertos supuestos acerca del sujeto que va a interpretar. En primer lugar, habrá de aceptar que los contenidos de las creencias más básicas del sujeto están constituidos por determinados rasgos objetivos del entorno, los cuales son el origen de dichas creencias en el sujeto. En segundo lugar, y en relación con el primer supuesto, deberá aceptar que, en los casos más básicos, lo que el sujeto considera verdadero será también verdadero para él mismo. En tercer lugar, habrá de atribuir al sujeto la capacidad de pensar, por lo general, de modo coherente (de acuerdo con lo que el intérprete mismo considera como

pensamiento coherente). A menos que acepte estos supuestos acerca del sujeto, el intérprete se verá imposibilitado de dar sentido a sus emisiones.

Lo dicho hasta aquí puede ofrecer una idea del carácter subversivo que Davidson ha querido imprimirle a su concepción holista respecto de la tradición atomista del significado (building-block), desde el momento en que reconoce que la verificación de la teoría sólo puede darse en el nivel de los teoremas que especifican las condiciones de verdad de todas o de un número suficientemente amplio de las oraciones del lenguaje objeto, con lo cual la posibilidad de asignar un valor semántico a las palabras o componentes suboracionales en virtud de relaciones de referencia con objetos o propiedades, queda reducida a una suposición teórica que es necesario hacer al solo efecto de explicar la observación disponible de la conducta lingüística.

En este punto, Davidson no hace sino continuar la enseñanza de su maestro Quine que había argumentado en favor de la inescrutabilidad de la referencia. Pero es de esta posición que nace el esfuerzo más arriesgado del escepticismo davidsoniano: la tesis también llamada del reduccionismo semántico según la cual los significados no pueden entenderse a la manera de entidades objetivas que preexisten al momento del intercambio lingüístico, sino como entidades que se constituyen en la misma práctica de la interpretación. Una idea subversiva de la tradición en la que la existencia de los significados pasa a depender de las necesidades e intereses de la comunicación. Pero no por eso debemos pensar que esta forma de antirrealismo semántico ha de conducir inevitablemente a una justificación de posiciones escépticas y relativistas extremas. Si bien es cierto que en el desarrollo de la interpretación radical, la verdad queda relativizada al modo como los hablantes la usan en un lenguaje dado, una idea de *coherencia sin confrontación* como la que tal concepción supone, no debería inducir a pensar que en un conjunto de creencias verdaderas, la mayor parte de ellas no lo sean. Si en general es un hecho que podemos comunicarnos con nuestros semejantes, tendrá que ser también cierto que la mayor parte de las creencias de los seres humanos sobre el mundo son objetivamente verdaderas, y que sus estados mentales están regidos por normas objetivas de coherencia. Y si aceptamos entonces que la interpretación es un hecho y que en muchos casos podemos entender las emisiones lingüísticas de los demás, no podremos dejar de aceptar que los supuestos de los que dependen son igualmente verdaderos.